
86 Aniversario luctuoso de Francisco I. Madero*

*Santiago Portilla***

Nos reunimos hoy para rendir homenaje a uno de los más grandes mexicanos de este siglo, don Francisco I. Madero.

Francisco I. Madero y José María Pino Suárez fueron cobardemente asesinados en este lugar hace 86 años, por haber intentado establecer un régimen democrático en sustitución de una dictadura que se había prolongado por más de 30 años.

Francisco I. Madero no tenía realmente por qué haber enfrentado ese destino. Se encaminó a una muerte trágica movido por el profundo humanismo que profesaba, por una fe inquebrantable en la libertad y por un patriotismo excepcional.

Francisco I. Madero nació en el seno de una de las familias más ricas de México. La educación que recibió tenía el propósito de darle la preparación necesaria para aumentar aún más la riqueza familiar, y vivir una vida de abundancia y éxito social y personal.

Sin embargo, esa misma educación, la generosidad, que fue su rasgo de carácter más notable, y las creencias que fue adquiriendo, lo llevaron a la convicción de estar obligado a trabajar en beneficio de sus conciudadanos.

Cuando volvió de un periodo educativo en Estados Unidos y en Europa, como correspondía a un joven de su clase, hizo todo lo posible por dar a quienes trabajaban para él una vida digna. Pronto, sin embargo, vio que esto no sería suficiente,

* Palabras pronunciadas en la ceremonia realizada en el lugar donde cayó muerto Francisco I. Madero. 22 de febrero de 1999.

** Doctor en Historia por El Colegio de México.

que la libertad y el bienestar espiritual no podían prosperar en un medio general de opresión. Fue por eso que decidió actuar en política.

Permítanme rememorar algunos detalles de su lucha posterior.

Madero participó en la elección de presidente municipal de San Pedro de las Colonias, donde vivía, y en la elección de gobernador de Coahuila, apoyando a candidatos independientes.

En ambos casos fue arrollado por el aparato político porfirista, y una vez más se dio cuenta que un esfuerzo aislado sería siempre ineficaz, que era necesario prepararse para una lucha nacional. La oportunidad más cercana para ello sería la elección presidencial y de Congreso general de 1910.

Durante cerca de cuatro años se preparó, poniéndose en contacto con cuanta persona sabía que sostenía posiciones independientes a lo largo y ancho del país, a quienes propuso formar un partido independiente para competir por la Presidencia de la República.

Económicamente, se preparó vendiendo entre sus familiares la mayor parte de sus propiedades, que ya eran extensas, con el fin de contar con la liquidez necesaria para los gastos de una campaña que por fuerza sería prolongada y difícil. Esta operación le costó cerca de la mitad de su fortuna.

Ideológicamente, sistematizó sus ideas en el libro *La sucesión presidencial en 1910; el Partido Nacional Democrático*. En este libro Madero hizo un recuento de la historia nacional, sobre todo desde la Independencia, y concluyó que el peor enemigo de la libertad y del progreso social era el poder absoluto, y que el mejor medio de combatirlo era mediante el ejercicio de las libertades en un régimen democrático sin simulaciones.

Armado con estas ideas, concibió el lema *Sufragio Efectivo, No Reección*, como síntesis de la lucha que el partido propondría al pueblo. El sufragio, como medio indispensable para el ejercicio de la democracia, y la no reelección como valladar a las ambiciones personalistas, que tanto daño le habían hecho al país a lo largo del siglo XIX.

A partir de ese momento, Madero trabajó con una actividad incansable y con gran creatividad política. Desarrolló una forma inteligente de oposición, para unir la mayor cantidad de voluntades posibles y evitar al mismo tiempo la represión. Su trabajo de organización de un partido político nacional fue al mismo tiempo radical y moderado.

Fue radical, porque mantuvo la bandera antirreeccionista, que golpeaba en el centro de la dictadura de Porfirio Díaz, y fue moderada porque aconsejaba a sus partidarios no atacar directamente la figura de Díaz, lo cual evitó la represión durante varios meses.

Madero y quienes lo siguieron lograron constituir el Partido Nacional Antirreeccionista, después de que él había recorrido la mayoría de los estados del

país acompañado sólo por su esposa, doña Sara Pérez de Madero, y un compañero orador.

La represión, sin embargo, no pudo evitarse más, una vez que el régimen comprendió que el antirreeleccionismo crecía vigorosamente en gran parte de la república. Madero fue encarcelado y las elecciones transcurrieron con la mayoría de los dirigentes del partido en la cárcel o en el exilio, y en medio de una gran cantidad de irregularidades y violencias que evitaron la emisión de votos de la oposición.

En el proceso legal de calificación electoral, los antirreeleccionistas sometieron un memorial al Congreso en el que se describía detalladamente el fraude y se solicitaba la anulación de las elecciones. Al ser denegada la petición sin fundamento alguno, Madero comprendió que no quedaban más que dos opciones: darse por vencido o convocar a la lucha armada.

Esto era lo último que Madero habría deseado, pero en congruencia con sus convicciones desconoció los resultados electorales y, poniendo su vida en mayor riesgo que nunca, llamó a las armas para derrocar a quien había burlado la voluntad popular.

La rebelión creció de manera gradual al principio, y de manera incontenible poco después, hasta que en mayo de 1911, tan sólo seis meses después de haber estallado la insurrección, el Ejército Federal estaba virtualmente derrotado. Sólo entonces el dictador accedió a negociar con seriedad y aceptó renunciar en bien del país.

Para lograr esta negociación, y con la oposición de algunos de sus partidarios más cercanos, Madero convino en dejar de lado algunos de los puntos de su proclama rebelde, de manera que Díaz pudiera presentar su renuncia ante el Congreso.

Francisco I. Madero fue electo presidente de la república en la elección más concurrida hasta entonces, y con él fue electo José María Pino Suárez como vicepresidente.

Tras la salida de Porfirio Díaz, el partido revolucionario empezó a dividirse, pues algunos de quienes dentro de él se opusieron a la rebelión armada, acabaron ostentándose como los más radicales en la tarea de desmontar el viejo régimen.

La grandeza de Madero es evidente en su decisión de acotar su mandato estrictamente a sus facultades legales, y ejercer un gobierno que respetó de manera absoluta la libertad de todos los ciudadanos.

Ésta fue, al mismo tiempo, su mayor debilidad, pues los periodistas y periódicos que antes habían sido serviles con el dictador, se convirtieron súbitamente en acervos críticos del presidente, de quien se burlaban sin descanso, y lo mismo ocurrió con el Congreso, cuyos miembros se dedicaron a obstruir todas las iniciativas legales de Madero hacia el cambio político.

Por distintas razones, algunas de ellas obscuras, el embajador de Estados Unidos en México fue adquiriendo un odio visceral en contra de Madero. No vale la pena ni siquiera pronunciar el nombre de este nefasto personaje en esta ocasión.

La nueva libertad de México fue aprovechada por todos aquellos que vieron afectados sus intereses por el nuevo gobierno, y por quienes no vieron satisfechas sus ambiciones con el triunfo antirreeleccionista, para debilitar, como cada uno podía, a Madero.

Así las cosas, el 9 de febrero de 1913 comenzó uno de los episodios más negros de nuestra historia, cuando distintas personas y grupos se confabularon para sacar del poder a Madero y al vicepresidente.

Como todos sabemos, la decena trágica culminó con uno de los más arteros crímenes políticos de toda nuestra historia, aquí, en este lugar. Un crimen contra uno de los hombres más puros que han participado en la política nacional. Lo mismo puede decirse del asesinato de don José María Pino Suárez.

Hoy, el recuerdo de estos dos hombres, el recuerdo de un hombre que dejó una vida de comodidades y realizaciones personales por la superación espiritual y social de su pueblo, es una memoria viva.

El siglo XX comenzó en México con la lucha de Madero, una lucha que se prolongó más allá de su muerte, que se hizo lucha por la justicia social, y que ha continuado en las últimas dos décadas por la instauración de una auténtica democracia y por el ejercicio irrestricto de las libertades.

La revolución que comenzó don Francisco I. Madero acabó por transformar de raíz la estructura de la propiedad agraria, y a lo largo de muchos años generó instituciones originales y fuertes para hacer realidad la justicia por la que cada hombre y cada mujer tienen derecho a la igualdad, a la educación, a la atención de la salud; por la que cada familia tiene derecho a una vivienda digna y por la que cada comunidad tiene derecho a organizarse para conseguir el bienestar de todos sus miembros.

Hoy, el nuestro es un México completamente diferente al que conoció don Francisco. *Es un país de libertades y democrático, en el que el sufragio es efectivo y la no reelección sigue vigente, y en el que existen las condiciones para que sus ideales de progreso social lleguen a su realización completa.*

Hoy, cada ciudadana y cada ciudadano pueden rememorar con orgullo la figura de don Francisco I. Madero, y evocarla como inspiración para trabajar con generosidad por los demás.

Hoy, una vez más, su memoria nos hace sentir orgullosos de ser mexicanos.